

El fenómeno Reagan y América Latina: visiones, obstáculos y perspectivas*

LAS VISIONES

Con el ascenso de la Administración Reagan al poder, las ideas neoconservadoras y de la Nueva Derecha conformaron la base de sustentación ideológica sobre la que se diseñó el nuevo programa de política exterior. El mismo, íntimamente vinculado con los objetivos de política interna, perseguía —frente a las “ambigüedades” e “inconsistencias” del *Bipartisan Approach* que dominó la política externa desde los últimos años de la Segunda Guerra Mundial— la ejecución de políticas que permitieran, en el plazo más corto posible, la recuperación, a un tiempo, de la confianza y el orgullo nacional y la fortaleza y el liderazgo norteamericano a nivel global.

A cuatro años de la asunción de Ronald Reagan y luego de su aplastante victoria de principios de noviembre de 1984, que prolonga su mandato hasta 1988, vale la pena puntualizar los ejes estructurantes de su política exterior, dado que los mismos —aun cuando sufran ligeras modificaciones en favor de posiciones más pragmáticas— se mantendrán vigentes durante el segundo período republicano.

Primero, se aprecia la existencia de una visión ideologizada del mundo que tiende, en la mayoría de los casos a una lectura extremadamente sesgada y simplista de la realidad internacional. De acuerdo con ella, la confrontación Este-Oeste por el predominio mundial es el esquema explicativo y omnicomprensivo de las relaciones internacionales y, en última instancia, todas las amenazas a la libertad y a la paz en las diversas regiones del mundo, provienen de la Unión Soviética y de sus aliados.

Al mismo tiempo, esta percepción que ignora o relativiza otras dimensiones de los conflictos contemporáneos, tal es el caso de la problemática Norte-Sur, lleva a los formuladores de la política ex-

*Ponencia presentada en la VI Reunión Anual de Centros Miembros del RIAL, El Colegio de México, noviembre 26-28 de 1984.

terior norteamericana a favorecer políticas de fuerza y a privilegiar las consideraciones de tipo estratégico-militar en detrimento de las económico-sociales¹.

Segundo, una visión ideocéntrica y mesiánica que considera las ideas, valores y creencias de los Estados Unidos, no sólo de aplicación universal sino además, como las únicas capaces de generar libertad, progreso y felicidad. "El capitalismo democrático —señala la última plataforma republicana— ha demostrado en los Estados Unidos y en todas partes, una habilidad incomparable para alcanzar derechos políticos y civiles y prosperidad de largo plazo para un número de personas siempre creciente. Tenemos confianza que la democracia y la libre empresa pueden tener éxito en todas partes"².

Las raíces más profundas de esta visión ideocéntrica y mesiánica deben rastrearse en una conjunción de elementos que surge, básicamente, de la teología calvinista, de la doctrina decimonónica del Destino Manifiesto, de los valores conservadores de la etapa que precede a la crisis del treinta y del triunfalismo de la segunda postguerra. Su confluencia en el programa republicano ha revitalizado, de manera sorprendente, la vieja idea de la nación elegida por la Providencia para llevar a cabo la redención histórica del mundo (el externo a Estados Unidos) todavía imperfecto y contradictorio. La recuperación de este rol histórico de liderazgo universal que emanaría de la propia historia nacional norteamericana encierra sin embargo, un aspecto paradójico: la negación de las historias nacionales de otros pueblos y el desconocimiento del origen y naturaleza de sus luchas y reivindicaciones históricas.

De este segundo punto pueden derivarse dos corolarios. Primero: a partir de la "apropiación" unilateral de la verdad por parte de los Estados Unidos, se postula la capacidad indelegable de este país para comprender los modos más adecuados para proteger los "intereses nacionales reales" de las naciones en vías de desarrollo; incluso, a pesar de las eventuales posiciones contrarias a tal interpretación por parte de sus dirigentes y pueblos. La prosecución de estos intereses puede hacerse —y esto es lo deseable— a través de la razón pero también, en caso necesario, por medio de la fuerza. Esta última se justifica plenamente, porque sería el instrumento extremo para reconducir a los pueblos por senderos que, —como diría

¹Vale destacar que el conflicto de Malvinas o el problema de la deuda externa del mundo en desarrollo —ambos fuera del eje de coordenadas Este-Oeste— no han modificado estos criterios, aunque puedan haber introducido algún nivel de mayor sofisticación en las visiones descritas.

²Plataforma del Partido Republicano, Congressional Quarterly Inc., August 25, 1984, pp. 2111-2115.

Berlin— “ellos mismos buscarían si fuesen más ilustrados, pero que no lo hacen porque están ciegos, son ignorantes o corrompidos”³.

El segundo corolario sostiene que la izquierda, en sus distintas versiones (no sólo el comunismo, sino también los partidos socialdemócratas, socialistas y similares de los países occidentales desarrollados y las diferentes modalidades de dirigismo estatal en el Tercer Mundo) padece de “agotamiento ideológico” y es incapaz de generar sistemas sociales eficientes, democráticos y justos. En esta línea, se afirma, tomando como ejemplo la historia de este siglo, que todos los caminos contrarios al capitalismo liberal conducen inexorablemente al fracaso económico y a diversas formas de barbarie y tiranía. Incluso, se llega a sustentar, como lo hace Irving Kristol, uno de los máximos representantes del neoconservadorismo norteamericano, que el acontecimiento más importante del siglo XX no es la crisis del capitalismo sino la muerte del socialismo⁴.

De acuerdo con esta apreciación, los hechos muestran la imposibilidad de concretar los principios del socialismo. Lo actualmente existente en el “Imperio del Mal” y su periferia es, tan sólo, una deformación burda de aquel ideario que postula —al igual que el ideario norteamericano, hoy revivido y fortificado— otra forma de redención universal, partiendo del desconocimiento de las desigualdades naturales del hombre. “En ningún momento de toda su sórdida historia —expresó Ronald Reagan— se han cumplido las promesas del comunismo. En todas partes ha explotado y agravado el sufrimiento económico temporal para apoderarse del poder y después institucionalizar la privación económica y suprimir los derechos humanos”⁵.

Tercero, una visión monolítica y estática de la Unión Soviética, a la que se atribuye un designio “maléfico” de dominación universal. Así, en la mayoría de los casos se toma al “gran antagonista” como a un actor agregado y, en cierto modo, inmutable y desprovisto de fisuras, sin tener en cuenta —como también se hace con respecto al propio imperio norteamericano— los problemas y conflictos internos de la URSS, la capacidad relativa de los factores antihegemonicos para debilitar las relaciones intra-imperiales y el grado de consistencia de la dominación soviética en ciertas áreas del Tercer Mundo.

Cuarto, una visión depreciativa de las fuerzas y movimientos

³Berlin, Isaiah, *Two Concepts of Liberty*, London, Clarendon Press, 1958, p. 17.

⁴Véase, Kristol, Irving, *Reflections of a Neoconservative. Looking Back, Looking Ahead*, New York, Basic Books, 1983.

⁵Reagan, Ronald, Discurso ante la OEA, en Moneta, Carlos J. y Bitar, Sergio, “Política económica de Estados Unidos en América Latina”, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984, pp. 285-286.

nacionalistas de los países en vías de desarrollo, que lleva a identificar todo programa reformista o revolucionario con "antioccidentalismo" y "pro-sovietismo" y a exagerar, en consecuencia, el poder y la capacidad de la Unión Soviética para expandirse en forma irreversible sobre las áreas subdesarrolladas.

Esta perspectiva extrema ignora que los objetivos y filosofía de la mayoría de las fuerzas nacionalistas se hallan tan alejadas del "burocratismo colectivista" soviético como del capitalismo liberal norteamericano.

Quinto, la visión despreciativa suele estar acompañada de una visión de desconfianza hacia el Tercer Mundo y hacia las organizaciones internacionales controladas por los países en vías de desarrollo.

Conformado por países que presentan profundas diferencias y que sostienen distintas posiciones, el Tercer Mundo se ve como un mito. Esta apreciación, no tan alejada de la realidad, se completa, sin embargo, con la creencia de que debido a la influencia ejercida por la Unión Soviética durante la etapa de la distensión, muchos países en vías de desarrollo adoptaron ideologías antinorteamericanas que los orientan, de manera creciente, hacia la adopción de políticas de confrontación con los Estados Unidos, en particular, y con el bloque de países industrializados, en general.

Uno de los escenarios naturales para el ejercicio de tales políticas es sin duda la ONU, donde prevalecen posiciones "colectivistas, redistribucionistas, anticapitalistas y antioccidentales"⁶. Según esta interpretación, se infiere que Estados Unidos no puede contar con las organizaciones internacionales para garantizar su seguridad o proteger adecuadamente sus intereses. Por ello, las políticas hacia el Tercer Mundo se definen desde perspectivas bilaterales, caso por caso, en el marco de la lógica geopolítica de la contención del expansionismo soviético.

LOS OBSTÁCULOS

A pesar de la predominancia de las visiones descriptas en el apartado anterior, la administración Reagan, no puede evitar que se genere una brecha entre el mundo de los deseos y la realidad, entre la retórica y las acciones.

Justamente, es en el plano de las acciones donde se hacen explícitos los límites impuestos a los objetivos de política exterior del gobierno republicano por condicionamientos de carácter interno y externo.

⁶Ver, Kirkpatrick, Jeane, "Política y derechos humanos", Buenos Aires, Ed. Marymar, 1983.

En relación con los primeros, es importante destacar que las modalidades y dinámica de funcionamiento del sistema político de Estados Unidos dificultan, condicionan o restringen la ejecución de las políticas promovidas por el Ejecutivo (vg., pugnas entre distintos feudos burocráticos —incluso en el interior del Poder Ejecutivo—, conflictos con el Congreso, etc.).

A modo de ejemplo, la discusión del presupuesto de defensa del año fiscal 1984 muestra cómo operan estas limitaciones. La cifra de un 10,5% de incremento en los gastos de defensa presentada por la administración Reagan generó resistencias aún entre los legisladores de tendencia republicana-conservadora. Esta resistencia aumentó en la medida en que se percibió una cierta incapacidad —tanto del Ejecutivo como del Secretario de Defensa, Gaspar Weinberger— para identificar las prioridades o los ítem que podrían haber sido eliminados del presupuesto, sin que ello comportara un menoscabo de los programas globales de seguridad nacional. El presidente respondió alejándose del debate presupuestario, el cual concluyó, finalmente, adjudicando una cifra de compromiso de un 5% de incremento del gasto.

Otra restricción significativa surge del estado de la opinión pública respecto de ciertos temas de política exterior: los resultados obtenidos en encuestas recientes (Gallup Organization, National Opinion Research Center) indican, por ejemplo, que el apoyo popular para el aumento en los gastos de defensa alcanzó su punto máximo en enero de 1981 (dos tercios del público en general). Desde entonces, este apoyo ha decrecido de manera constante y la opinión pública muestra una mayor resistencia a la aplicación de nuevos incrementos, sobre todo al tener en cuenta que los mismos se vieron acompañados por reducciones considerables de otros rubros del presupuesto global, tales como asistencia pública y seguridad social⁷.

Respecto de la política hacia América Central, la publicidad de las actividades secretas llevadas a cabo por la CIA en la región y la participación personal del Presidente en el desarrollo de las mismas, originó serios cuestionamientos a las políticas promovidas por la Administración para la resolución de ese conflicto. El énfasis otorgado por el Ejecutivo a las soluciones de tipo militar, condujo a la opinión pública a temer más los peligros que acarrearía una intervención militar directa de los Estados Unidos que la expansión del comunismo en la región (encuesta Washington Post/ABC News, oposición a una involucración directa por un margen de 3 a 1). Estos resultados podrían relacionarse con las tendencias más generales

⁷Schneider, William, "Conservatism, Not Interventionism: Trends in Foreign Policy Opinion, 1974-1982", en Oye-Lieber-Rotchild (eds.), "Eagle Defiant: United States Foreign Policy in the 1980s", Boston, Little Brown Co., 1983.

delineadas por un sondeo realizado por el "Chicago Council" en lo que se refiere a la preferencia de la opinión pública por la adopción de políticas más cooperativas y menos belicistas, antes que las políticas de confrontación enunciadas por la Administración Reagan, fundamentalmente durante los dos primeros años de su gestión⁸.

Paso ahora a los condicionamientos externos. A pesar del amplio optimismo existente en Estados Unidos acerca de las posibilidades de recuperación de un liderazgo indisputado, la declinación hegemónica norteamericana, como tendencia de largo plazo, no podrá revertirse.

Esta situación no resulta, como lo sostiene la Administración Reagan, de las debilidades, deficiencias o ambigüedades del Bipartisan Approach, sino de los cambios ocurridos en el escenario internacional y en las sociedades nacionales en los últimos 25 años⁹.

Estos cambios, cuya expresión más notoria es la desaparición de las condiciones que permitieron a Estados Unidos imponer en forma prácticamente unilateral un "orden" coincidente con sus "intereses", han conducido al sistema internacional a un mayor "desorden" y producido una crisis de gobernabilidad de las relaciones intraimperiales. Dicho de otro modo, a raíz de una serie de transformaciones que no controla, Estados Unidos se ve sometido a dificultades crecientes —o en todo caso a pagar costos más elevados— para "ordenar" el sistema conforme a sus propias percepciones y para "gobernar" la evolución interna de los países ubicados en sus áreas de influencia. Por su parte, estos últimos cuentan con mayores recursos y posibilidades objetivas para ejercer comportamientos antihegemónicos orientados a modificar un orden disfuncional a sus intereses y a debilitar, en consecuencia, el poderío norteamericano.

Este doble juego de pretendida restauración hegemónica y de creciente indisciplina periférica se caracteriza por desarrollarse en un escenario que carece, a diferencia del orden de postguerra, de reglas legitimadas y por la crisis, también de legitimidad, de todas las propuestas de reemplazo del orden vigente, en especial las alternativas ofrecidas por el imperio rival.

En este marco crítico, el fenómeno conservador norteamericano no se propone la construcción de un nuevo orden "legítimo", razón por la cual resulta inapropiado e incorrecto hablar de una nueva hegemonía; antes bien, este fenómeno aparece como un intento

⁸Rielly, John E. "American Opinion: Continuity not Reaganism", en *Foreign Policy*, Nº 50, Spring 1983, pp. 86-104.

⁹Tomassini, Luciano, "Las organizaciones regionales latinoamericanas en un cambiante escenario internacional", en Russell, Roberto (comp.), "América Latina y la Guerra del Atlántico Sur: Experiencias y Desafíos", Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1984.

de reafirmación del poder de Estados Unidos, basándose en concepciones que desconocen o desprecian el sentido histórico de los cambios globales apuntados. Por ello, sus posibilidades de éxito se hallan extremadamente reducidas.

LAS PERSPECTIVAS

Más allá de las limitaciones apuntadas, parece cierto que América Latina convivirá, probablemente en lo que resta de esta década, con un escenario de renovada fortaleza americana.

Las particulares visiones del mundo de la Administración Reagan y las restricciones internas y externas que condicionan la ejecución de los proyectos promovidos, modelarán, finalmente, el resultado de las políticas. A esto hay que sumar, la propia decisión y capacidad latinoamericanas para contrabalancear los objetivos norteamericanos de restauración de su poderío global.

A fin de reconocer estos últimos, me parece útil en este punto, diferenciar analíticamente el plano político del económico, aunque, de hecho, ambos se hallen íntimamente relacionados.

a) *Plano político*

Las políticas de Estados Unidos hacia la región se establecen a partir de una óptica estratégica-militar que privilegia los aspectos vinculados con la lucha ideológica por el predominio mundial, en función de la propia percepción de los intereses de seguridad norteamericanos.

En una primera desagregación las perspectivas de seguridad dividen a América Latina en dos subregiones: América Central y América del Sur, dada la distinta situación por la que ambas transitan.

En el primer caso, la crisis e inestabilidad centroamericana se atribuye, en forma prácticamente exclusiva, a la acción de la Unión Soviética y de sus "vicarios" en el área, es decir Cuba y Nicaragua. Esta posición se expresa sin rodeos en la plataforma republicana: "La región entera (América Central) está gravemente amenazada por la expansión comunista, inspirada y apoyada por la Unión Soviética y Cuba... La Nicaragua marxista amenaza no sólo Costa Rica y Honduras sino también El Salvador y Guatemala"¹⁰. Como puede verse, no existe —a diferencia de la plataforma demócrata— una sola mención a causas de tipo económico o social.

Más adelante, el documento republicano expresa una velada amenaza de intervenir en la región, si fuese necesario para evitar el

¹⁰Plataforma del Partido Republicano, ob. cit., p. 2111.

control de algún país centroamericano por fuerzas "marxistas". El párrafo al que me refiero dice: "Afirmamos la declaración del presidente Reagan en Normandía: hay una profunda diferencia moral entre el uso de la fuerza para la liberación y el uso de la fuerza para la conquista y la expansión territorial"¹¹.

Conforme a estas apreciaciones, América Central aparece como una suerte de "test case", dado que constituye un escenario ideal para llevar a cabo —con mayores posibilidades de éxito que en otras áreas del Tercer Mundo— políticas destinadas a mostrar el poderío norteamericano y la firme decisión del gobierno de Reagan de reestablecer el liderazgo de Estados Unidos sobre el sistema internacional.

Respecto de América del Sur, región que se considera menos amenazada por el "comunismo internacional", la política norteamericana favorece —en los casos donde se percibe como posible— la implantación o el fortalecimiento de democracias moderadas que no cuestionen en el plano de la política exterior las reglas básicas del orden internacional vigente, Argentina en este sentido, podría constituirse, en un caso ejemplar¹².

En este aspecto, el actual proceso de transición política en América del Sur destaca un desfase temporal que complica las difíciles relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Como quedó dicho, a partir del ascenso de la Administración republicana la confianza en los viejos principios liberales se revitalizó en Estados Unidos de manera notoria. Inversamente, en los países de América del Sur que transitan hacia la democracia, son los programas reformistas, es decir aquellos que postulan distintas formas de intervencionismo estatal, los que cuentan largamente con el apoyo mayoritario de sus poblaciones. Ello se debe, entre otros varios aspectos, al fracaso de las políticas económicas liberales ejecutadas por las autocracias militares, cuya realización requirió la exclusión política de amplios sectores (no sólo los populares sino también una parte sustancial del empresariado y de la clase media) y la reducción significativa de su participación en el plano económico.

De este modo, las nuevas democracias latinoamericanas acceden al gobierno con un "discurso" más cercano al sustentado por la última Administración demócrata, que ha perdido legitimidad en el corazón del poder imperial. Esta situación genera dificultades para acercar las distintas posiciones políticas y económicas defendidas por el actual gobierno norteamericano y los nuevos gobiernos democráticos de América Latina, tal el caso de la deuda externa. La

¹¹Ibid.

¹²Acerca de este tema, ver Russell, Roberto, Un año de política exterior argentina: las relaciones con los socios privilegiados, en *América Latina/Internacional*. Vol. 1 N° 3, enero/marzo 1985.

visión ideologizada del mundo de la Administración Reagan tan nítida y extrema respecto del expansionismo soviético, soslaya —obviamente sin ingenuidad— los aspectos ideológicos involucrados en su firme apoyo a la aplicación a ultranza de los principios liberales en América Latina.

Por otro lado, las experiencias políticas latinoamericanas que procuran implantar proyectos de corte socialista (jamás tolerados por Estados Unidos en la región) no sólo resultan resistidas desde la tradicional óptica estratégica, sino también desde la perspectiva económica, dado que las visiones ideocéntricas y mesiánicas prevalentes enfatizan la incapacidad estructural de las distintas versiones del socialismo para resolver los problemas del subdesarrollo. Nuevamente, los caminos que conducen al éxito (y en definitiva a la reedición) no son los transitados por Nicaragua sino los de los NIC's asiáticos: "Sus economías —vuelvo a recurrir a la plataforma republicana— representan el dinamismo del mercado libre y de los pueblos libres, en claro contraste con la pesada rigidez y los fracasos económicos del socialismo centralmente planificado"¹³.

De este primer corte geográfico, entre América Central y América del Sur pueden inferirse algunas conclusiones.

En primer lugar, el propósito del gobierno de Reagan de impedir todo tipo de experiencias revolucionarias en América Central, independientemente del carácter nacionalista o pro-soviético de las fuerzas involucradas.

Segundo, la consideración de que el conflictivo proceso de modernización por el que atraviesa América Latina es un obstáculo a la implantación de gobiernos democráticos al estilo del Occidente desarrollado. Hasta aquí, estoy totalmente de acuerdo con esta apreciación. Sin embargo, ella encierra una serie de matices que conviene explicitar. A diferencia de muchos sectores liberales que impulsan la idea de que Estados Unidos debería sumarse y apoyar el cambio inevitable en América Latina (el clásico ejemplo de contribuir al desarrollo de democracias de amplia participación política, económica y social para impedir la polarización de las sociedades latinoamericanas) la Administración Reagan, parafraseando a Huntington, procura el mantenimiento de un "orden político" capaz de frenar a las "sociedades en cambio". A la defensa del orden —valor privilegiado— subyace la protección de intereses de grupos dominantes en Estados Unidos y en la región que se ven amenazados por el proceso de cambio y por las fuerzas políticas y sociales comprometidas con el mismo. Ante el peligro de que esas fuerzas se orienten hacia el socialismo o el comunismo, se sostiene que ciertos países deben aún tolerar (y aquí se vuelve a caer en una vieja y falsa argumentación) formas autoritarias (obviamente de derecha)

¹³Plataforma del Partido Republicano, op. cit. p. 2113.

consideradas como las únicas capaces de generar, de manera gradual, las condiciones económicas y sociales necesarias para el establecimiento *sine die* de sistemas democráticos. Además, estos regímenes autoritarios tienen la virtud de que suelen eliminar a través de distintos mecanismos, a los sectores políticos internos que responderán objetivamente a la Unión Soviética y sus vicarios en este mundo.

Esta "tolerancia" por los autoritarismos "indispensables" encierra una contradicción: la falta de presiones a los autoritarismos de derecha para establecer o retornar a la democracia; la exigencia a los autoritarismos de izquierda (apoyada en los hechos por la ayuda militar a los "luchadores democráticos de la libertad") de implantar de manera inmediata formas políticas representativas que guardan escasa relación con las condiciones estructurales de esos países.

Esta posición del gobierno republicano frente al autoritarismo se vincula con sus perspectivas sobre los derechos humanos, tema que también se inserta en el marco de la confrontación ideológica global. En efecto, la Administración Reagan sostiene que las políticas de derechos humanos ejecutadas por los demócratas hacia las autocracias de derecha latinoamericanas (a las que considera en materia de derechos humanos como árboles aislados en un inmenso bosque) impidió comprender el aspecto medular de la problemática: que la mayor amenaza a esos derechos es el propio sistema comunista que niega los derechos individuales y sólo reconoce "los derechos derivados a la pertenencia a una clase económica"¹⁴.

De esta afirmación a la tolerancia de ciertos excesos del autoritarismo de derecha, hay un paso muy corto. En especial, cuando estos regímenes desempeñan un papel de primer orden en la lucha contra la Unión Soviética y sus aliados internos y externos.

b) Plano económico

A raíz de la finalización a principios de la década del 70 de lo que pudiera denominarse una política especial de Estados Unidos hacia la región, las relaciones económicas entre América Latina y Estados Unidos deben insertarse en el marco más genérico que engloba la totalidad de las relaciones económicas norteamericanas con los países subdesarrollados.

En efecto, a partir de los años 70 las políticas norteamericanas se tornaron más globales y menos regionales. "América Latina —señala Sergio Bitar— dejó de ser mencionada en las formulaciones de política económica internacional. Con la excepción de América Central y el Caribe, cuya importancia no estaba relacionada con consideraciones económicas sino de seguridad, América Latina se vio sumergida en el concepto de Tercer Mundo, en lugar de ser dis-

¹⁴Ibid., p. 2114.

tinguida como una región especial por su pertenencia al "Hemisferio Occidental"¹⁵.

Simultáneamente, este globalismo se acompañó por el fortalecimiento de las negociaciones bilaterales con determinados países en vías de desarrollo para el tratamiento de temas específicos.

En este contexto, la actual situación de las relaciones económicas entre Estados Unidos y América Latina no ofrece perspectivas demasiado promisorias.

En primer lugar, por la indiscutida vigencia de dos presupuestos básicos de la posición de Estados Unidos *vis a vis* la problemática contenida en las denominadas negociaciones Norte-Sur: que el sistema económico internacional es apto para resolver los problemas de los países del Tercer Mundo y que el desarrollo es una cuestión esencialmente nacional.

Conforme a esta interpretación se rechazan los sentimientos de culpa que caracterizan a las posiciones liberales norteamericanas como la mayoría de las teorías en boga del desarrollo, que sostienen que los países industrializados son los responsables, en enorme medida, de las miserias de los países subdesarrollados. Antes bien, se afirma que el problema radica en la propia incapacidad de los dirigentes de los países del Tercer Mundo para llevar a cabo sus planes económicos, y no en la supuesta ineptitud o injusticia de las estructuras que conforman el actual orden económico internacional.

En segundo lugar, por la estrecha vinculación de esta posición con las políticas internas de "menos gobierno, más defensa" y de firme oposición a toda forma de intervencionismo o dirigismo estatal. Esta situación lleva, en el plano externo, a rechazar en forma absoluta las posiciones reformistas que sustentan la necesidad de una reestructuración planificada del orden internacional, por estimar que la solución de los graves problemas mundiales escapa a las posibilidades de la "magia del mercado". Como señala William LeoGrande: "para los reaganistas que tengan fe genuina en las doctrinas del *laissez faire* del capitalismo del siglo XIX, la noción de que el gobierno de Estados Unidos debería actuar como un agente para el cambio social básico, sea en el país o en el extranjero, es filosóficamente anatema"¹⁶.

Además, la vinculación mencionada conduce a la falta de acción directa e importante para ejecutar programas de desarrollo en los países del Tercer Mundo. En este sentido, los criterios que orientarán la ayuda norteamericana en el futuro próximo pueden ex-

¹⁵Bitar, Sergio, "El poder económico de América Latina y las relaciones con Estados Unidos. Cuadernos Semestrales del CIDE, N° 13, 1er. Semestre, 1983, página 191.

¹⁶LeoGrande, William, "Una nota crítica sobre la política exterior de Ronald Reagan", Cuadernos Semestrales del CIDE, N° 9, 1er. Semestre, 1981, p. 156.

traerse fácilmente de la plataforma republicana: a) canalización de la ayuda a los países que comparten las "beneficiosas ideas del capitalismo democrático que llevaron a Estados Unidos a la prosperidad económica y la libertad política"¹⁷; b) utilización de la ayuda como una herramienta política en la confrontación con la Unión Soviética por el dominio del Tercer Mundo; c) reducción o eliminación de la asistencia a naciones con políticas contrarias a los intereses norteamericanos; d) apoyo al bilateralismo, dado que el mismo brinda mayor maniobrabilidad política; e) rechazo a canalizar la asistencia a través de instituciones multinacionales que escapen al control de Estados Unidos; y f) control de los votos y actividades en las Naciones Unidas de los Estados miembros que reciban asistencia norteamericana.

¹⁷Plataforma Republicana, op. cit., p. 2114.